

## Los grandes protagonistas: seis semblanzas

En un texto muy conocido -tanto, que casi se ha convertido en tópico- habló Madariaga, refiriéndose a nuestra última guerra civil, de «la batalla de los tres Franciscos». «Aunque tanto el comunismo ruso como el fascismo ítalo-tudesco -escribía don Salvador- manifestaron desde el primer momento gran interés por la Guerra Civil española, y aún madrugaron algo más que las hostilidades, es un hecho que la guerra se debió al efecto combinado de dos pronunciamientos a la española: el de don Francisco Largo Caballero, caudillo del ala revolucionaria de la U.G.T., que no era comunista, y el de don Francisco Franco, caudillo de la Unión General de Oficiales, que no era fascista. En julio de 1936, estos dos hombres encarnaron la tradición española de intervención violenta en la cosa pública. Hemos de ver cómo Azaña, tardíamente, pensó en encarnar la otra tradición española, la de la transición razonable y el acuerdo mutuo, que tan admirablemente cultivaba don Francisco Giner de los Ríos. En esta batalla de los tres Franciscos, el verdadero, el grande, el creador, el que era esperanza de España, fue la víctima de la acción violenta de los otros dos».

Sustancialmente, a este esquema de confrontaciones -ideológicas y «tácticas»- cabría reducir la gravísima coyuntura nacional de 1936. Si en la Historia, por mucho que nos atengamos a los *movimientos de masas*, a los *condicionamientos objetivos* y a las *estructuras sociales y económicas*, no nos es dable nunca olvidar al hombre-individuo como su último motor esencial, conviene que paremos la atención en los «grandes protagonistas» de aquella crisis. Porque, en cualquier caso, cada uno de los tres Franciscos -aunque el tercero se llame Manuel- actuó simultáneamente como reflejo, concreción y factor condicionante de movimientos, inquietudes y aspiraciones colectivas. Sin embargo, ninguna de las tres actitudes encarnadas en estos «grandes protagonistas» acertó a asumir la realidad predominante en el sentir de la sociedad española en su conjunto. Aún aceptando, en principio, la tesis de Madariaga, conviene subrayar que quizá la parcela más importante -en número y calidad- de la reali-

dad social española de 1936 quedó al margen de los cauces polarizadores en la gran confrontación. Obligada a «tomar partido», a sumarse a una de las Españas combatientes, su verdadero voto estaba por la paz: una paz que «no fue posible» -según el conocido título de Gil Robles-. Se me dirá que ese mismo era el anhelo o la obsesión de Azaña; pero ya hemos visto que Madariaga habla, refiriéndose a él, de una «actitud tardía».

### A) Azaña

Efectivamente, como he dicho en otro lugar, lo que sorprende en el jefe de Acción Republicana -burgués e intelectual por encima de todo, impulsor y programador de un *regeneracionismo* democrático!-, es su obsesivo afán de autodefinirse -en su primera época de gobernante- como un jacobino radical; su empeño de propugnar una *ruptura histórica*, una *solución de continuidad revolucionaria*, con todas las consecuencias que ella implicaba. Que el verdadero designio de Azaña se hallase muy lejos de cuanto las timoratas clases medias españolas creyeron deducir de sus palabras, no le exime de la responsabilidad de haber estimulado innecesariamente -cuando era posible que la República asumiese una «transición democrática» verdaderamente integradora- la reacción y la animosidad de masas muy amplias de la sociedad española; y explica el que, a la hora de la verdad -a partir de mayo de 1936- los que se hallaban más próximos a él ideológicamente se sintiesen defraudados por la renuncia del Presidente a constituirse en garante de un «centro político», entre la avalancha anárquica de la «extrema izquierda» y la decisión de «cortar el nudo gordiano» con el sable, respaldada por la «extrema derecha».

En cualquier caso, para entender a Azaña habrá que ver en él, antes que nada, lo que desde luego fue y quiso ser siempre: un intelectual, muy dentro del estilo de la Europa recién salida de la Primera Guerra Mundial, pero en divorcio con las corrientes que en esa misma Europa fueron preparando el «clima» generador de la segunda. Un gran escritor, perfectamente enmarcado en la llamada *generación de 1914* -la de los universitarios y los ensayistas-. Cuando, tratando de rebajar sus méritos literarios, alguien le ha comparado con Valle-Inclán, como dramaturgo, o con Pérez de Ayala, como novelista, olvidó -sin duda deliberadamente- que no son esos los géneros en los que Azaña demuestra sus extraordinarias dotes de escritor, pese a que alguna vez le tentara el teatro -«*La Corona*»- y a que no desdeñara la novela. Azaña ha dejado su huella memorable, dentro de nuestra literatura contemporánea, en tres «frentes» muy claramente enlazados: el de la oratoria -baste tener en cuenta que así como los discursos de otros parlamentarios célebres en su época (Alcalá Zamora, por ejemplo) no se sostienen hoy, leídos «desde» nuestro tiempo, los de Azaña siguen poseyendo una fuerza en la imagen, un rigor en los planteamientos y en la construcción, que les otorgan perenne atractivo-; e del ensayista puro -a veces desplegado en admirable diálogo, como «*La velada en Benicarló*»-; el del escritor de memorias -*Diarios* en este caso: documento> sin parangón posible, lite-

rariamente hablando, con cuanto nos dejaron en el género otros hombres, políticos o no, de su tiempo-.

Llegó demasiado tarde para Azaña el reconocimiento de sus méritos literarios y la ocasión -la oportunidad- política, después de sus frustraciones en el «reformismo» melquiadista anterior a los años veinte. Tal vez en esa tardanza haya que ver la razón de un resentimiento expresado políticamente como «jacobinismo», réplica desdeñosa al entorno social que despreciaba. En todo caso, y al margen de la admiración que su figura de intelectual y de estadista debe merecernos desde nuestra perspectiva actual, es preciso que volvamos sobre el hecho de que en dos ocasiones únicas, Azaña dejó pasar la gran oportunidad irrepetible para evitar la derivación del Régimen, que tanto había contrubuido a traer, hacia su final fracaso. La primera se produjo durante su primer Gobierno, el de 1931 a 1933. El había sido, en el orto de la democracia republicana -primera versión auténtica de la democracia en nuestro país- el gran «hallazgo» de la izquierda burguesa, el definidor de un nuevo regeneracionismo liberado de las viejas estructuras políticas de la Restauración; el programador de una nueva «revolución desde arriba», que apuntaba a la síntesis de los dos ciclos revolucionarios contemporáneos -el liberal, de base burguesa; el socialista, de base proletaria-, capaz de permitir, según sus propias palabras, la «refacción de España». Designio desglosado, en el análisis de Marichal, a través de «otros menores, pero aplicables a las concretas realidades políticas del país», para «facilitar la emergencia de lo que podríamos llamar *Españas subyacentes*: la periférica, la obrera y la campesina, la burguesa, la estatal y la escolar. Las reformas propuestas por Azaña querían ser sobre todo las vías de expansión de todas las Españas potenciales». Para conseguirlo sin traumas catastróficos, era imprescindible la colaboración con el socialismo, por primera vez incorporado al Gobierno del país.

El empeño de continuidad, mediante una «revolución desde arriba» evita-dora de una temible «revolución desde abajo», se expresa, mejor que en ningún otro texto, en el famoso «discurso del frontón Recoletos», pieza antológica descollante entre todas las del gran orador político que siempre fue Azaña: «En este orden de cosas, con la República así concebida y con la incorporación del proletariado español al Gobierno del Estado y a la dirección de la República, incorporación definitiva lo mismo si está en el poder que si no está en él, y de cuyas consecuencias los más torpes se enterarán dentro de algunos años, se emprende en España una experiencia fundamental de interés histórico nacional... Y se trata de saber... aplicando rectamente, lealmente y con amplitud el espíritu de la Constitución... si es posible que en nuestro país se haga una transformación profunda de la sociedad española, ahorrándonos los horrores de una revolución social... Yo quisiera saber quién es el espíritu timorato que se atreve a negar la grandeza del experimento, la importancia del trabajo que se hace para conseguirlo y la abnegación que unos y otros han puesto al someterse a esta prueba...».

Difícilmente podría expresarse mejor un designio *moderado* para encauzar

los cambios «revolucionarios» evitando catástrofes; para lograr una transformación sin «los horrores de una revolución». El jacobinismo de que Azaña alardeaba se traducía simplemente, dado el enquistamiento inmovilista de los intereses oligárquicos cuestionados, en la voluntad; de «llegar hasta el final». Pero su *reverso negativo* -el sectarismo, la arrogancia con que se atribuía «haber desafiado la tentación satánica» de destruir el templo y reedificarlo en tres días; la pretendida obra «trituradora» con respecto a la «máquina militar», de que alardeaba cuando realmente estaba planteando una notable obra de cirugía necesaria, reclamada desde el despertar de los *regeneracionismos*, tras el 98-apuntaba un propósito cargado de trascendencia: la negativa a la transacción, al «pacto». Y al condenar el pasado próximo -el bloque íntegro de la Restauración- condenaba en él lo que era su mejor justificación histórica: la voluntad de convivencia civilizada, al cabo de una tradición secular de guerras civiles. La histérica afirmación de Alvaro Albornoz, caricatura del afectado jacobinismo de Azaña -«no más abrazos de Vergara; no más pactos de El Pardo; no más transacciones con los enemigos irreconciliables de nuestros sentimientos y de nuestras ideas: *si quieren hacer la guerra civil, que la hagan*»-, apuntaba, por desdicha, a una realidad; porque sin un mínimo de transacciones, la alternativa sería, a la larga, una guerra fratricida. Ya lo había dicho Cánovas: «No hay posibilidad de gobierno sin una serie de transacciones justas, lícitas, honradas e inteligentes».

Claro es, el repudio indiscriminado de cuanto en su día había significado la Restauración, se concretaba, para Azaña, en desprecio olímpico hacia la figura de Alfonso XIII. Una de las páginas más fascinantes de los *Diarios* es aquella que finge un soñado diálogo con el Rey destronado; texto en que el escritor político transparenta, sin paliativos, una «fatuidad histórica» -así habría que llamarla- cuyo contraste con la terrible realidad de cuatro años después adquiere dimensiones verdaderamente trágicas:

«He imaginado que la puerta del despacho se abría y entraba el Rey... Le he recibido sin sorpresa, con frialdad, sin altivez. El Rey estaba un poco desconcertado y alicortado por la rareza de la situación...».

-Vengo a saber cómo es usted, y a que hablemos de tantas cosas...

-Si supieran que está usted aquí, conmigo...

-¿Le comprometo a usted?

-¡Oh, no! Tienen seguridad en mí.

-Verá usted, si yo hubiera sabido...

-¿El qué?

i

-Lo que había que hacer.

-No lo habría usted hecho.

-¿A dónde va usted? ¿Qué se propone hacer por España?

-Gobierno una democracia, y enseñe cómo se gobierna una democracia.

-¿Es usted dictador?

- No. Para las cosas grandes hay que optar entre Napoleón y Péneles; en medio sólo hay Buggedas. Pero es preciso tener a los pueblos preparados para los tiempos (que son los más de los siglos) en que no hay Pericles ni Napoleón. Enseñar el gobierno a una democracia es habituarla a prescindir del genio.
- No soy demócrata.
- Ya se ha conocido.
- No creo en la democracia.
- Ni siquiera eso: no sabe usted lo que es.
- Usted, con la opinión que le sigue, podrá hacer cuanto quiera. ¡Ah, si yo hubiese podido tanto!
- El poder, para las personas inteligentes, sólo tiene una barrera auténtica e infranqueable: la conciencia de la propia limitación. Los que temen abusos de poder de una persona como yo, es que son tontos o aviesos.
- Es usted duro conmigo, porque para usted será cierto que abusé del poder. Yo quería hacer algo grande en España.
- Es increíble. Nadie le hubiera supuesto capaz de grandeza ni en su imaginación.
- ¿Y usted tampoco lo cree?
- Tampoco.
- ¿Por qué?
- Porque no es usted artista.
- En cambio, usted sí lo es. Y eso le permite dominar y triunfar...
- No domino, no triunfo. Poco ha de vivir usted y otros, para enterarse de lo que es para mí el poder, que usted perdió por quererlo demasiado y yo ejerzo sin haberlo deseado, y por el cual pasaremos los dos a la Historia con facciones tal vez infieles.
- ¿Y no teme usted que le asesinen?
- ¡Bah! Eso quieren algunos. Pero no temo. Sería un crimen antihistórico.
- No comprendo.
- Todas las razones que había para que usted cayese del trono las hay para que a mí no me asesinen; al menos, por ahora. Más tarde, poco importará...».

Diríase -escribí en otro lugar, comentando este texto- que Azaña, embriagado por su éxito parlamentario (acaba de vivir una jornada gloriosa, la del 27 de mayo de 1932: la de su gran discurso en defensa del Estatuto catalán) ha querido apresurarse a «adelantan», a su favor por supuesto, el juicio de la gran Historia, suprimiendo perspectivas -de tiempo y de *tribunal*- para ensalzarse a sí mismo. Claro es, su libertad imaginativa le permite despojar a su adversario de capacidad dialéctica; y el Rey, reducido tímidamente a la defensiva, contribuye eficazmente al «autobombo» del Presidente («usted sí es artista, y eso le permite dominar y triunfan»). Pero al diálogo entre sombras cabe oponer dos imáge-

nes reales: Alfonso XIII, replicando en el momento de salir de Palacio a quien le animaba con la ilusión de un pronto regreso: «Espero que no habré de volver, pues ello solamente significaría que el pueblo español no es próspero ni feliz»; Azaña, disponiéndose precipitadamente a partir ante las primeras noticias del alzamiento-18 de julio de 1936-, aunque luego volviera sobre su acuerdo, y limitándose a decir irónicamente a los que le rodeaban: «Y ahora, señores, ¡hasta la cuarta República!».

Porque el gran error de Azaña tal vez estuvo en confundirse a sí mismo -a la versión republicana del «primer bienio»- con la República: más aún, con la sociedad española. Lo cual implicaba una pérdida de perspectiva y, lo que es peor, una «traición a la democracia». Cuando en 1933 la coalición gobernante perdió las elecciones, el primer impulso del ex-presidente fue acudir a Martínez Barrio, honesta encarnación de la izquierda burguesa, que había convocado y conducido con pulcritud los comicios, y tratar de convencerle de que, sin reunir la Cámara ya elegida, la diese por disuelta para montar un nuevo proceso electoral bajo «las garantías» de un Gobierno de concentración izquierdista. Era la máxima definición del *pucherazo* jamás registrada por el parlamentarismo español. Si Azaña no se sumó a la disparatada revolución de octubre de 1934, lo cierto es que moralmente *la propugnó* con ¡aquella inconcebible apelación a Martínez Barrio: descalificar, o expulsar a la España que se manifestaba pacíficamente en las urnas, sería muy republicano, pero no tenía, desde luego, nada de democrático.

La segunda oportunidad perdida por Azaña -ante la Historia- se produciría en 1936, cuando abandonó el timón del Estado permitiendo que se le encerrase en la «jaula de oro» de la Presidencia de la República. Porque en las elecciones de febrero él había sido el *auténtico vencedor*. El voto mayoritario manifestado en aquella ocasión implicaba dos cosas: el repudio de la gestión de las derechas durante el poco brillante bienio radical-cedista, y las «reservas» respecto a la exasperada reacción que venía propugnando la extrema izquierda desde 1934. Ahora bien, el garante del Frente Popular, concebido como continuidad con respecto a la política del «primer bienio», era precisamente Azaña; y Azaña había cosechado, durante el segundo, el prestigio de la persecución injusta, de las imputaciones difamatorias que las derechas lanzaron contra él sañudamente, y que culminaron en su proceso de 1935. Azaña volvió a ser otra vez un símbolo, pero no supo sobreponerse a su propio resentimiento. Lo que es peor: creyó que, a la hora de la verdad, sería capaz de encauzar por sí solo las aguas desbordadas de la revolución que había tenido su primer ensayo general en 1934. Su discurso del Campo de Comillas, en octubre de 1935, pecó de excesiva petulancia, por no utilizar otro término. En medio del mar llameante de rojas banderas, lanzó esta arrogante afirmación: «Yo no me hago el distraído, y nosotros vemos el torrente popular que se nos viene encima, y a mí no me da miedo el torrente popular ni temo que nos arrolle; la cuestión es saber, dirigirlo, y para esto nunca os van a faltar hombres; pero mientras a mí me queráis escuchar, yo os declaro que mi obligación más neta y mi propuesta más leal es no permitir que este

enorme esfuerzo popular se extravió ni se malgastó en una sola gota, ni se pierda. Si yo viese a esta fuerza popular en trance de perderse, malgastarse o extraviarse, yo sería el primero en atreverme en vuestro camino a decir: ¡Alto, la hora no ha llegado!».

Después de crearse este compromiso -que a la hora del voto arrastró hacia él a muchos demócratas que no estaban, ni mucho menos, con la «revolución roja»-, Azaña había quedado moralmente obligado a no abandonar el timón del poder una vez éste en sus manos; aunque ello supusiera, teóricamente, convertirle en supremo árbitro -desde la Presidencia de la República- de la situación política. Por añadidura, aún antes de hacerlo, no supo ocultar ante las oposiciones -las derechas derrotadas en las urnas- el rencor acumulado durante el famoso «bienio negro»: rencor explicable, pero que, como jefe del Gobierno debía, necesariamente, esforzarse en superar. Una de sus intervenciones menos afortunadas en el Parlamento tuvo lugar poco después de abrirse la legislatura, cuando el revanchismo de la izquierda había empezado a dar alarmantes muestras de sí; fue su dura imprecación: «¿No queríais violencia? ¿No decíais que arruinábamos la economía del país y la paz social...? ¿No queríais violencia, no os molestaban las instituciones sociales de la República? Pues ¡tomad violencia! ¡Ateneos a las consecuencias!».

La destitución del presidente Alcalá Zamora, a la que él no fue ajeno, añadió otro lamentable jalón en el plano inclinado hacia el desastre que había de aflorar en el trágico mes de julio. En ningún caso estaba justificado aquel acto, enmascarado con argumentos constitucionales insostenibles. Pero era ya una de las «eliminaciones» de que ha hablado Pabón, características del desarbolamiento en que, aceleradamente, fue cayendo en breve tiempo la nave del Régimen. A ese desarbolamiento se avino, muy de su grado, el jefe de Izquierda Republicana: por animosidad y resentimiento -una vez más- contra don Niceto, aunque también -es noble concedérselo- con la idea de abrir cauce a la difícil situación creada por el socialismo sumado al Frente Popular, pero constituido -tesis de Largo Caballero- en *reserva revolucionaria* sin responsabilizarse con el Gobierno. Azaña en la presidencia de la República y Prieto en la jefatura del Gobierno representaban una combinación política esperanzadora; la esperanza, como es sabido, duró poco tiempo, puesto que de las filas del propio Partido proletario surgió el veto contra don Indalecio (en realidad, éste opinó siempre que el «gesto» de Azaña, al llamarle al Poder, no suponía más que eso, «un gesto»; que don Manuel tenía ya decidido que el nuevo presidente fuera su predilecto amigo Casares Quiroga. Si así era, ello venía a poner de relieve, una vez más, el defecto notorio de Azaña como hombre y como político: su escasa intuición para seleccionar a *los mejores*. En sus *Diarios* es fácil observar que elogios y predilecciones se decantan siempre por personalidades negativas o mediocres, mientras son «apostillados» con sarcasmos o mordacidades los auténticamente valiosos y capaces). Lo cierto es que a partir de ese momento -mayo de 1936- Azaña se veía, de manera creciente, al margen de una tempestad que él mismo había contribuido a desencadenar y para cuya superación, vo-

luntariamente, se había incapacitado. Le faltaron ánimos en los momentos más críticos. Hay una anécdota, referida por Claudio Sánchez-Albornoz, que define perfectamente la situación en vísperas de la gran tragedia. Invitado a almorzar en la Zarzuela durante una visita suya a Madrid f era por entonces embajador en Lisboa-, en la sobremesa se habló de la situación: él dio cuenta de la conspiración que, a sus ojos, estaba urdiéndose en Portugal en torno a Sanjurjo; Moles, ministro de la Gobernación, pintó el cuadro de lástimas que era el desorden generalizado en las ciudades españolas, en buen¿ parte preparado o alentado según el por las extremas derechas. «El panoranjia era más que sombrío. Yo atisbaba el rostro de Azaña y esperaba de él una Decisión drástica: a lo menos, unas palabras firmes, un gesto esperanzador de qijie iba a ponerse coto al anárquico y no manso deslizamiento del país hacia la guerra civil. Pero ni el gesto esperanzador, ni las palabras firmes, ni la decisióin drástica llegaron. Todavía, al cabo de los años, me gana la emoción angustiosa que me ganó de pronto cuando, tras el prolongado relato de Moles de lo ocurrido en las últimas 48 horas, Azaña exclamó impávido: -Bueno, ya estamos buenos para que nos fusilen.- No sé lo que pensaron los otros ante aquellas palabras de un vencido sin combate. Lolita, su mujer, fue la única que se atrevió acusar el golpe: -Manolo, yo no quiero morir tan joven- exclamó. Sucedió ^ su espontánea réplica un silencio embarazoso. Me desplomé interiormente: todo estaba perdido...».

Luego, la guerra civil sería el gran revulsivo para que la arrogancia de otro tiempo se trocase en la angustia interior, en el dr^ma psicológico que revelan, patéticamente, las páginas de sus *Diarios*. La guerra suponía, por lo pronto, el hundimiento del «gran proyecto de refacción de España»; era un retroceso en el caos, en el horror y la sangre. La más significativ^i expresión de cuanto esta catástrofe implicaba como definitivo adiós a sus proyectos regeneracionistas, quizá se encuentre en el texto estremecedor que relata la bárbara matanza desencadenada en la Cárcel Modelo de Madrid, prisión ^, hasta ese momento -agosto de 1936- «refugio» de personalidades políticas e^ntre las que se encontraba el antiguo jefe y mentor político del joven Azaña, Melquíades Álvarez: «Tarde de agosto madrileño. Contemplo la plaza de Orient^ desde la ventana. Síntomas de inquietud. Humaredas. Noticias del incendio jsn la cárcel. Anochecido, me cuentan que todo ha acabado y que hay tranquilidad. A las once y media, conversación telefónica con el ministro de Comunicaciones. Primera noticia del suceso. Mazazo. La noche triste. Problemas en bi^sca de mi deber. Desolación. A las siete de la mañana, Giral me lee por telefonó el decreto creando los tribunales populares. Salvamos así miles de vidas, exclama. Pesadumbre por esta razón. Duelo por la República...».

Luego se produjo la situación increíble vividaj, en mayo de 1937, en Barcelona -la guerra civil dentro de la guerra civil, con el Presidente de la República y su esposa aislados e inermes, durante días enteros^ en el palacete de la Ciudadela-la...-. Es Dolores Rivas Cherif, la esposa modestk y dulce, contrapunto de las asperezas y «aristas» del Presidente, la que ha referido, no hace mucho, cómo la frase de uno de los últimos discursos por aquél pronunciados reflejaba, hasta fí-



sicamente, la realidad: «Mi corazón se romperá, y nunca se sabrá quién ha sufrido más por la libertad de España». Negrín en el Poder fue una esperanza fallida para el Presidente, aferrado a la ilusión de restablecer el orden en la retaguardia republicana como antesala para una paz negociada -un final, fuese como fuese, del derramamiento de sangre-. El «orden» de Negrín se atenía a las inspiraciones y presiones comunistas; la paz negociada era lo que más lejos se hallaba de su ánimo. En cuanto a la situación personal de Azaña, se convertiría en algo muy parecido a un secuestro, a una «libertad vigilada» por el nuevo jefe del Gobierno. Los textos sincopados de sus «Cuadernos de la Pobleta», los seudónimos utilizados en ellos para designar a Negrín, son más explícitos que largos comentarios sardónicos a la antigua usanza. Pero es precisamente entonces cuando el estadista que ha visto fracasado su gran proyecto -la regeneración a través de la civilizada «revolución desde arriba»-, alcanza su plenitud humana, cifrando en una reconciliación, quizá más allá del plano terrenal e inmediato -en cualquier caso al margen de sus posibilidades-, la imagen de la España *que quiere salvar de sí misma*. Tal es su apelación patética al mensaje mudo «de la Patria eterna que dice a todos sus hijos: paz, piedad y perdón».

## **B) Dos socialistas: Largo Caballero y Prieto**

El primer bienio del Régimen había tenido por base política el acuerdo entre la «nueva izquierda republicana» y el PSOE. Era una modalidad «integradora» que paradójicamente se cimentaba en la ruptura de los «puentes» posibles hacia los sectores sociales y políticos procedentes de la Restauración. Pero en torno a 1934 se diseña un nuevo proyecto de integración político-social ya al margen de la izquierda burguesa. Si para el acuerdo entre el azañismo y el socialismo había servido de vínculo y valedor fundamental Indalecio Prieto, el ideal del «Frente Proletario» -el instrumento revolucionario que en octubre se plasmaría en la consigna «U.H.P.» (Unión de Hermanos Proletarios)- es enarbolado y sostenido, después de la crisis de 1933, por Francisco Largo Caballero, iniciando una trayectoria que tendrá su primera expresión en la fracasada revolución de Asturias, prolongándose luego en los acontecimientos que siguieron al triunfo del Frente Popular, hasta la articulación, por fin, del Gobierno de noviembre de 1936.

Francisco Largo Caballero, más que teorizante del socialismo, fue siempre, ante todo y sobre todo, un típico sindicalista, un líder fervoroso de la UGT, empeñado obsesivamente en la defensa de su clase, embarcado siempre en la idea de fundir las diversas facciones del obrerismo para lograr el ideal de una revolución animada por el ejemplo y la nostalgia de los acontecimientos de octubre de 1917. Se explica que, dada la amplitud de las masas que a comienzos de 1936 lo erigieron en su ídolo, la estrategia de Moscú le mirase como pieza fundamental para desplegar su propio programa en España, donde, de momento, eran muy reducidos los cuadros del PCE. De aquí la denominación -halagadora y engañosa- de «Lenin español», que le acompañó en los días que precedieron y si-

guieron de inmediato a la gran ruptura de julio de 1936. Sino que, siendo proletario y marxista de corazón, Largo Caballero no habría de traicionar nunca su filiación política, y a la hora de la verdad no se mostraría dispuesto a confundir las cosas, y menos a sacrificar la independencia del país y del partido a las exigencias de la URSS. Era -volveremos sobre ello- áucho más obstinado que flexible; podía jugar la carta del oportunismo, pero sin pasar los límites impuestos por una honestidad personal que ningún comentjarista objetivo sería capaz de regatearle.

De familia muy humilde, Enrique de Francisco ha evocado los condicionamientos vitales del adolescente: «Viene al mundo en un medio social donde reinan la escasez, la pobreza y la ignorancia; y los primeros años vividos presencian la separación de sus padres por causas que él no ignora, pero que silencia discreta y delicadamente. Se da cuenta del sacrificio que su madre realiza para ganar el sustento de ambos, y desde muy temprana edad surge en él la resolución de entregarse al trabajo para aliviar la carga que pesa sobre los hombros de su progenitura...». La dureza de la lucha por la vida no le impide una mínima iniciación escolar; luego, su formación ideológica y cultural será resultado de una vocación y una disciplina de autodidacta. Pero Largo Caballero es, por encima de todo, un simple obrero -un estuquista- Convertido en «hombre de acción», según advierte su biógrafo De Francisco. Una de las páginas literariamente más notables de los Diarios de Azaña, subraya con agudeza esta condición medular del obrero profesional: a la hora de convertirse en ministro, en agosto de 1931, los miembros del Gobierno acuden a visitar el Palacio de Oriente, posible morada del futuro Presidente. «Largo Caballero, el estuquista, palpa los mármoles: *Este es mármol italiano; este es mármol español...*».

A los veinte años, le había movilizado un discurso de Pablo Iglesias. Embarcado en la nave socialista, su primera creación es la *sociedad de estuquistas*; luego, el desarrollo de la de *oficios varios*; inmediatamente, la acción política desde la Agrupación Socialista Madrileña; la Secretaría de la U.G.T. será, en fin, su plataforma básica y definitiva. Los grandes jalones en el camino de este «hombre de acción» se producen en 1917, en 1923, en 1931 y en 1934. Los años 1917 y 1934, en dos coyunturas críticas -la primera es la gran crisis de la Restauración; la segunda es la gran crisis de la República- le presentan como el valedor de la vía revolucionaria. Los años 1923 y 1931 suponen, simplemente, un repliegue oportunista que en modo alguno implica traición u olvido del objetivo esencial: simplemente lo persigue por otros Caminos.

Desde 1917 es necesario seguir al personaje a través del paralelo y del contraste -de la oposición incluso- con Indalecio Prieto, su gran correligionario. El paralelo lo traza Malefakis de esta forma: «Al igual que Pablo Iglesias, pero a diferencia de todas las otras personas antes mencionadas, ambos crecieron en familias sin padre, vivieron en extrema pobreza y recibieron escasa educación en la niñez. Ambos fueron personas eminentemente prácticas, preocupadas por los problemas específicos con que se enfrentaban de manera inmediata, y poco amigos de la teorización como tal. Aunque Caballero era con mucho el de

más edad, incluso las cronologías de sus carreras coinciden hasta un extremo considerable. En 1911, Caballero y Prieto se convirtieron en los dos primeros socialistas de la historia de España elegidos para ocupar cargos en Diputaciones provinciales. Ambos alcanzaron prominencia nacional con la huelga general de 1917, fueron por primera vez elegidos por el Parlamento en 1918, fueron ministros por primera vez en 1931, y alcanzaron el final de sus carreras efectivas al ser depuestos de su cargo bajo presión comunista en 1937 y 1938». Pero si existen paralelos, si incluso se funden sus líneas de acción en algún momento -por ejemplo, en 1917 y en 1934- son mucho más notables los contrastes. Contrastes, incluso, en lo físico. Largo Caballero, madrileño de oriunde toledana tenía, pese a la humildad de su origen, una cierta distinción natural, acusada en la fina regularidad de sus rasgos, en sus ojos azules -se hablaba de su «mirada de acero», apuntando a una dura frialdad de expresión subrayada por el fruncimiento de los labios-. La estricta simplicidad de sus puntos de vista ideológicos, tanto como su desprecio para el adversario, se resumían en los famosos «silencios» de este «hombre de acción» en el Parlamento. «En la actitud de Largo Caballero está, a mi entender, todo su carácter -escribió Jesús Pabón, contemplándolo en su escaño-. Yo no he visto rostro más impasible; nada de lo que ocurre en la Cámara le hace ser expresivo: ni un gesto de admiración, de ira o de contento. Ajeno a todo lo que le rodea, como atento a una idea anterior. *Temed al hombre de un solo libro o de una sola idea.*, decía un escritor. Exacto. Por eso Largo Caballero es el de más ascendiente entre los suyos. Obsesionado, fanático, simplista; el dominio de su «cíase» como aspiración, la violencia como táctica; nada más. Ni ve, ni entiende, ni siente otra cosa».

Prieto, nacido en Asturias y criado en Bilbao, era, física y temperamentalmente, todo lo contrario a Largo. Grueso y vulgar, velada la expresión por una afección a los ojos que siempre padeció, daba, no obstante, una sensación de fuerza y vitalidad, de impulso intuitivo e inteligente, que se volcaba en sus grandes dotes de orador político. Cuando llegaba la ocasión, frente al olímpico mutismo de Largo Caballero se producía el desbordamiento ardoroso y apasionado de Prieto. «Cuando Prieto se lanza -escribía Azaña-, ya no oye, ni ve, ni entiende. Se congestiona, se hincha, algo se estrangula en su organismo y no hay manera de llamarle a la prudencia. Se descompone de tal modo, que temo verle caerse muerto un día cualquiera...» (Ciertamente, en la parte primera de sus «*Diarios*» Azaña no supo apreciar el anverso positivo de esta «fuerza de la naturaleza»). En realidad, Prieto fue siempre un auténtico parlamentario, y recordaba más a un liberal de izquierdas que a un marxista conspicuo. Así como en los tiempos del llamado «bienio negro», antes y después de la revolución de Asturias, Largo mantuvo un distanciamiento hostil e insalvable con los hombres del «centro-derecha», Prieto no tuvo nunca escrúpulos en cuanto a contactos necesarios -civilizados- con sus antagonistas. Uno de los más notables hombres de la CEDA, director general de Trabajo con Federico Salmón, me refería sus conversaciones con Prieto, por el que sintió siempre una admiración, incluso una simpatía humana inimaginables en el caso de Largo Caballero. Y me

concretó sus palabras por escrito: «Prieto, de dote, prodigiosa, era un revolucionario de izquierda. No había leído a Marx. *Ma\rx-\Q* oí decir- *era un judío sucio que tenía ladillas hasta en la barba...*». Malefakis ve en Prieto, frente a los dogmatismos no muy cimentados intelectualmente, de Largo, un socialdemócrata; pero un socialdemócrata que aceptaba «la inevitabilidad última de la revolución social y de la destrucción completa de la sociedad capitalista, no un socialdemócrata del tipo escandinavo o germano contemporáneo, para el que han desaparecido tales metas teóricas...». Prieto, en fin, «fue un luchador eficaz y animoso por la democracia y el socialismo al mismo tiempo...».

El escritor catalán Josep Pía, que siguió de cerca sus trayectorias, anotó el curioso mecanismo del Partido que -entre 1923 y 1931- los situó a ambos en una alternativa curiosa -como apertura «colaboracionista» el uno, como reserva revolucionaria y rupturista el otro-. En los días de la Dictadura, Primo de Rivera creyó ver en Largo Caballero el valedor de lin deseado *posibilismo*, y, de forma más o menos directa, el líder de UGT colaboró efectivamente con el Directorio, desde su puesto de consejero de Estado. En cambio, Prieto -polemista temible, tanto con la palabra como con la pluma-, fue destacado por el Partido en las avanzadas del movimiento estrictamente político. Así, observa Pía, mientras que a través de Largo Caballero conservaba su influencia y su posición hasta el último momento, actuaba como correctivo fundamental del Régimen por medio de la actividad de Prieto. Claro es que si en el caso de este último jugaba un republicanismo visceral, el posibilismo de Largo no pasaba de una actitud oportunista encaminada a salvar los intereses de la UGT, en los momentos en que la gran rival sindical -la CNT- quedaba tajantemente proscrita por el Dictador. En cambio, a partir de 1931, [uno y otro -Prieto y Largo- vinieron a desempeñar en la política republicana dos papeles que parecían contradecirse con sus respectivos antecedentes: Prieto se mostró abiertamente partidario de la colaboración con la burguesía jacobina! por estimar que aún no había llegado el momento de los socialistas; Largo Caballero preconizó muy pronto, desazonado por las críticas irresponsables de los Genetistas, el «frente proletario», sin desdeñar la violencia para conseguir su triunfo. Se comprende así que en sus *Recuerdos* haya escrito, refiriéndose a Prieto: «Para mí, Indalecio Prieto nunca ha sido socialista, hablando con toda propiedad, ni por sus ideas ni por sus actos». La mentalidad de Largo difícilmente podía comprender, como Miguel Maura, la notable evolución de don Indalecio, esto es, «el hecho notorio de que bastó su acceso al Ministerio de Hacienda, es decir, a un punto de máxima delicadeza y de suma responsabilidad, para adaptarse al tono y a la medida de un hombre de Gobierno». Don Francisco, en cambio, aunque se mantuviese dentro de los límites de prudencia que le imponían los compromisos de su partido durante la primera etapa de la República -regentando la cartera de Trabajo-, se sentiría liberado en cuanto, disuelva la alianza social-azañista en 1933, pudiese ocupar un puesto avanzado en la oposición extrema.

Ya en vísperas de las elecciones de aquel año, había definido la conducta que seguiría en lo sucesivo sin vacilaciones. Para él, la salida del poder al pro-

ducirse la crisis final del Gobierno Azaña significó, pura y simplemente, una «expulsión» intolerable: «El Partido socialista y la clase trabajadora consciente -declaró- no podrán olvidar jamás que después de hacer lo que hicieron se les haya despedido de la forma que se ha llevado a efecto». La frustrada «revolución de octubre» fue expresión de su «ascendiente» sobre el socialismo español. Desplazado de la UGT Julián Besteiro -auténtico conocedor a fondo del pensamiento marxista, y contrario a la participación del Partido en las tareas de gobierno hasta que no hubiese sido ultimado el programa de la «revolución liberal pendiente»-, el timón socialista quedó en manos de Largo, que consiguió sumar plenamente a su obsesión revolucionaria al propio Prieto. Madariaga ha referido el impresionante diálogo de Manuel Azaña con su antiguo ministro de Trabajo durante el viaje en tren que ambos realizaron a Barcelona en 1934, para asistir a las exequias de Carner. «Manifestóse el primero contrario a la actitud revolucionaria decididamente adoptada por el segundo, considerándola como sumamente peligrosa para la República. El señor Largo Caballero se mantuvo en sus trece, y al fin, corto de argumentos, exclamó: *Pues tiene que ser, y déjeme que le diga, don Manuel, que ya comprometo bastante mi prestigio con sólo seguir hablando con usted.* Ya para el revolucionario don Francisco venía a ser peligrosa ante las masas la compañía de un mero burgués como don Manuel. Con aquel seco sarcasmo que le inspiraba su hipersensibilidad, contestó Azaña: *Bueno, don Francisco. Usted va a necesitar de aquí en adelante todo el prestigio que tiene, y no quiero comprometerlo más.* Dijo, y dio punto final a la conversación».

En Asturias, la revolución cumplió, en esbozo, los ideales de Largo Caballero: la articulación de un frente directamente proletario -la famosa U.H.P.-. La experiencia tuvo dos consecuencias divergentes en el ánimo de don Francisco y en el de don Indalecio. El primero estimó lo ocurrido -violencia y fracaso- como un ensayo que habría que convertir en plasmación definitiva algún día no lejano. Detenido y procesado, consiguió su liberación antes de que hiciera definitivamente crisis la alianza radical-cedista. Salió de la cárcel más decididamente revolucionario que nunca. Prieto, que había conseguido ponerse a salvo al otro lado de la frontera después de las sangrientas jornadas de octubre, recapitó en el exilio sobre el trance y sus consecuencias. «El catastrófico y, fuera de Asturias, completo fracaso de la revolución de octubre -señala Malefakis- acabó con la ambigüedad que había caracterizado la postura de Prieto desde el verano de 1933, y le convirtió una vez más en el inequívoco socialdemócrata que siempre fue». Nunca más volvería a seguir a Largo Caballero en sus proyectos de violenta ruptura: comprendió muy bien que con el atentado antidemocrático que fue la revolución de octubre, era imposible oponer razones a las posibles aventuras «golpistas» de las derechas irreconciliables. Andando el tiempo, ya muy atrás la guerra civil, tuvo la nobleza de proclamar. «Me declaro culpable ante mi conciencia, ante el Partido Socialista y ante España entera, de mi participación en el movimiento revolucionario. Lo declaro como culpa, como pecado, no como gloria. Estoy exento de responsabilidad en la génesis de

aquel movimiento, pero la tengo plena en su preparación y en su desarrollo».

En los días de la que Ricardo de La Cierva ya llamado «primavera trágica», Largo y Prieto volvieron a desempeñar papeles radicalmente contrapuestos. Para don Indalecio se trataba de reconstruir, con más eficacia que en 1931, la alianza social-azañista del primer bienio. Para don Francisco, el Frente Popular tenía un simple carácter coyuntural, oportunista; terminado el periodo electoral, cada grupo debía recobrar su independencia para hacer «separadamente la política con arreglo a sus ideas y programa» -léase: la revolución, en el caso del socialismo-. En el tránsito de Azaña de una a otra presidencia -la del Gobierno, la de la República- se jugó, en la actitud adoptada por el PSOE, la alternativa entre la posición de Prieto y la de Largo. En el primero -consciente del riesgo que provocaba la situación anárquica en que el país iba poco a poco sumergiéndose-, las llamadas de atención, los intentos conciliatorios se harían cada vez más urgentes y alarmados. En el segundo, la obsesión revolucionaria se cifra en la consigna: «¡Atención al disco rojo!». La tensión entre ambas actitudes, entre ambos criterios, llega hasta la agresión: en Ecija, Prieto ha de renunciar a hablar en el mitin anunciado: los caballeristas están a punto de hacerle correr la misma suerte que aguarda, días más tarde, a Calvo Sotelo.

Decididamente, el Partido en su gran mayoría estaba, por entonces, embarcado en la nave revolucionaria pilotada por Largo Caballero. El confiado desafío de éste a la media España que, a su vez, estaba dejando atrás el «convencionalismo parlamentario» y apuntándose a la iniciativa de los sables, alarmaba incluso a sus máximos «jaleadores» de la izquierda. Lo ha recordado Madariaga: el propio Litvinov, conversando con él -con Madariaga- en el seno del Consejo de la Sociedad de Naciones, reunido en Londres en mayo de 1936, le preguntó: «¿Por qué no se están quietos los socialistas de ustedes?». «En efecto -comenta don Salvador- no era cosa que conviniese entonces a la Komintern toda aquella agitación que el señor Largo Caballero estaba levantando en España, y en particular no era cosa que conviniese a la política de Litvinov. La política del caballo de Troya presupone en efecto un caballo de madera y no un potro indomado que anda de aquí para allá dando carreras locas, relinchando y mordisqueando».

La hora cenital para Francisco Largo Caballero fue su llegada al Poder -septiembre de 1936-; intentaría entonces la «gran coalición» proletaria (socialistas, comunistas, anarcosindicalistas) con mínimas concesiones aparentes a la «izquierda burguesa» -de cara a la Europa democrática de la Sociedad de Naciones, y a la fuerte corriente nacionalista de Cataluña y de Euskadi-. Para el «entourage» del presidente Azaña, no muy entusiasmado con tal solución política, ésta podía serlo desde dos puntos de vista: «Si resultaba, en efecto -escribe Cipriano Rivas Cherif- que Largo Caballero era el Lenin español, no podríamos desear cosa mejor de la guerra sino que alumbrase un hombre de talla semejante, cualquiera que fuese su ideal político. Si fracasaba, porque quedaba deshecho el encanto taumatúrgico de la esperanza mítica cifrada en el nombre del Secretario del Partido Socialista». Largo era entonces, desde luego, la figura

con mayor autoridad y prestigio entre los obreros españoles. «Yo tuve con frecuencia ocasión de acompañarle -escribe Nenni- en las inspecciones casi cotidianas que hacía con Alvarez del Vayo a los frentes de Somosierra, de Extremadura y de Toledo. Pasaba por todas partes; el pueblo le respetaba y le aclamaba, lo que si bien es el más alto honor, impone asimismo más deberes». Nenni alude a la inflexibilidad característica del llamado *Lenin español* diciendo de él que «la corrupción parlamentaria y la deformación burguesa no le habían afectado... A diferencia de muchos líderes obreros, la edad, en lugar de aburguesarle, le había hecho más intransigente...». Pero añade que, si bien «había sostenido una lucha ideológica de tipo revolucionario entre las degeneraciones del oportunismo parlamentario», estaba «muy lejos de poseer la fuerte personalidad de Lenin; no tenía las cualidades de buen estratega que permiten adaptar, según las circunstancias, los medios al fin».

La incorporación de la CJNT (noviembre) al Gobierno «de concentración» formado por Largo Caballero en septiembre, cumplía la máxima ilusión de éste, mientras colmaba las reticencias y reservas de Azaña. «Cualquier gobernante -ha escrito Largo en sus *Recuerdos*- vería de ese hecho su importancia política e histórica; Azaña nJD veía sino que don Manuel Azaña autorizaba con su firma el nombramiento de cuatro personas cuyas ideas eran condenadas por él y por muchas gentes; elementos que habían empleado tácticas con las que no se hallaba de acuerdo... No veía la rectificación que el acto político significaba y el alcance que en el futuro tendría la conversión del anarquismo español, que del terrorismo y la acción difecta pasaba a la colaboración y a compartir las responsabilidades formando parte de un Gobierno donde estaban representados todos los matices políticos, incluso los vascos». Sino que, en cuanto instrumento eficiente para llevar adelante la acción militar, la peculiar independencia de acción de las milicias anarquistas y la consecuente dispersión del mando, no fueron por cierto un tanto positivo para lo que más importaba. Desde sus posiciones en el Gobierno -no sólo en las carteras confiadas a los comunistas, sino en aquellas regentadas por socialistas más atentos a la realidad ineludible impuesta por las operaciones, como Negrín- las orientaciones, cada vez más definidas, introducidas por el Kremlin, multiplicaron sus roces con los planteamientos de Largo Caballero!

La famosa historia del oro «emigrado» a Rusia, tuvo un doble sentido: de una parte, poner a salvo (?) las reservas del Banco de España; de otra, utilizarlas como garantía al suministro de armas -negociado por Negrín-. La ayuda de Rusia no sólo se tradujo en material, sino en esfuerzo humano a través de las Brigadas Internacionales. Con tales argumentos, la diplomacia soviética podía «exigir». Exigir el mando único; y la fusión de socialistas y comunistas, enmarcados, por supuesto, bajo la disciplina staliniana. Lo que, a su vez, implicaba la exclusión -o la eliminación- de trotskistas y Genetistas. Pero los halagos a Largo Caballero, «el Lenin español», resultaron, en este sentido, inútiles. «El *Lenin español* -escribe Araquistáin- tenía demasiados nervios y, sobre todo, excesiva dignidad. En vista de lo cual la prensa comunista y los agentes libeláticos del

comunismo comenzaron a propalar la especie de qijie Largo Caballero padecía testarudez senil. Así preparaban los comunistas su caída y su sucesión».

La obstinación del viejo líder de la UGT significaba, en 1937, una clara afirmación de independencia frente a *lo que se veía venir*. Los sucesos de Barcelona, en el mes de mayo, descubrieron la realidad de la situación, que acabó por imponerse. La salida de Largo Caballero del poder, ¡y su sustitución por el *tándem* Prieto-Negrín, unos días después, supuso una alternativa en la que el peso de la CNT en la coalición de gobierno montada por] la obsesión integradora de Largo -el «frente proletario»-, quedó desplazada por el PCE, de forma cada vez más descubierta. Pero desde este momento, lo que antaño había sido una pugna Largo Caballero-Prieto, iba a convertirse en una creciente incompatibilidad Prieto-Negrín. El juego de tensiones y animosidades entre las grandes figuras del PSOE, ha de ser considerado como uno de los factores absolutamente negativos para la situación inaugurada con el triunfo del Frente Popular, y que había de acabar con la derrota republicana de 1939. |

### C) La otra España: Franco

La crisis en el campo político de la zona republicana -o «roja», como entonces era llamada por sus oponentes en el bando nacional- coincidía con la consagración del «caudillaje» franquista en Burgos. No sea de ser curioso que dos personajes diametralmente opuestos por su ideología y por su encuadramiento social, pero con similar simplicidad en cuanto al bagaje intelectual de su «filosofía política», coincidiesen en el mando de *las dos Españas* cuando, simultáneamente, quedaba neutralizado -prácticamente arrumbado- el ideario democrático, «regeneracionista», vinculado al programa «fin de siècle» de una *revolución desde arriba* según la soñó Azafía, entre la barbarie de unas represalias de clase, tercermundistas, según el modelo de la «Empañá roja», y la represión implacable inspirada por un peculiar concepto de «cruzada religiosa», según el modelo de la «España azul».

Cuando hacemos un esfuerzo de fría «aproximación» al personaje, resulta difícil entender la transfiguración de Franco operada por los «cruzados» de 1936, y, más aún, la larguísima prolongación de su régimen, entre los avalares de la política internacional que corre desde 1939 hasta 1975. Porque es el caso que ni fue un estratega excepcional en su propio terreno-el de las armas-, ni un estadista en el auténtico alcance del término -en cuanto oteador del futuro y constructor de una obra hacia él abierta-. La mediocridad define al hombre, al político, al militar Francisco Franco. Era, por lo demás, la suya una mediocridad *que entraba por los ojos y por los oídos*. Yo recuerdo el efecto que hizo su primer discurso radiado, tras la «sacre» de Burgos. Aquella voz de falsete, aquel tonillo machacón, como de almuédano, no eran, ciertamente, un estímulo al entusiasmo o al heroísmo. El texto taquigráfico, recientemente publicado, del mismo discurso, lo revela, por lo demás, como un galjimatías. Andando el tiempo, la televisión -sobre todo en las rituales exposiciones triunfalistas, mal leí-



das, peor «interpretadas», que sellaban, año tras año, la Navidad de los españoles- contribuyó a «traicionar» la imagen sublimada del Generalísimo. Hoy, pasada una apenas una década desde su desaparición, aún producen malestar -como de «vergüenza ajena»-, las secuencias del NODO o de TVE en las evocaciones retrospectivas de la «historia próxima». Sin embargo, quizá el testimonio más expresivo del contraste entre la realidad y el *mito* sea un estupendo lienzo de Zuloaga. En la iconografía, amplia y a veces notable, que de Franco se nos ha conservado, el cuadro en que el gran artista vasco trató de inmortalizarle como Caudillo, no ha sido muy divulgado fotográficamente: a todas luces, el resultado no debió de ser muy satisfactorio a los ojos del General. Más que de héroe, el personaje evocado por los pinceles de Zuloaga tiene de grotesco, de «pelele disfrazado»: la camisa azul, la boina roja, la gran bandera desplegada contribuyen al efecto negativo, dada la escasa gallardía de la figura y la expresión parada del rostro, como de Charlot interpretando «el Dictador».

Su biografía militar, hasta la guerra de España, es bien conocida: nacido en El Ferrol en 1892, frustrado en su vocación de marino, y convertido a «la fiel infantería»; cadete en 1910, y pronto lanzado a las campañas de Marruecos, Franco fue el prototipo del «militar africanista»; en aquellas operaciones de escaso vuelo -pequeñas acciones de «policía colonial»- destacó como un oficial frío, arrojado y exigente; duro en la manera de entender la disciplina, según un rosario de anécdotas que han alcanzado a la literatura -véase *«La forja de un rebelde»*- o dejan su rastro en algún archivo privado, como el de Natalio Rivas. Herido en Biutz en condiciones tales que hicieron casi milagroso que salvase la vida; en una posición clave durante la pacificación de la zona minera de Asturias, tras la huelga de 1917; integrado en la Legión, en 1920, es a partir de la «reconquista» del Rif emprendida por Sanjurjo en 1921 cuando alcanza mayor notoriedad y empieza a entrar en la «leyenda heroica» de aquella última *guerra fronteriza* (todavía en 1977 se inauguró, junto a las murallas de la «ciudad viajá» de Melilla, el monumento vinculado al recuerdo de su actuación en las campañas que devolvieron a la ciudad, amenazada tras el desastre de Annual, la seguridad perdida ante la presión de Abdelkrim). A lo largo de estos diez años se produce su vertiginosa promoción en los rangos escalafonales. Franco antepone siempre el posible ascenso «por méritos de guerra» a cualquier otra gratificación profesional. Es coronel en 1923, al advenimiento de la Dictadura; junto a los otros mandos de la Legión, se opondrá a los planes abandonistas de Primo de Rivera, contribuyendo eficazmente, después de la dura confrontación de Ben Tieb, a que el marqués de Estella rectifique su programa marroquí, mediante la colaboración de Francia en la gran empresa de Alhucemas; en la cual correspondió a Franco el mando de una de las columnas de desembarco. La pacificación en la Zona coincide con el acceso de Franco al generalato. Sus iniciales desacuerdos con Primo de Rivera se traducen ahora en una compenetración cada vez mayor: el futuro «caudillo» apoya y respalda la decisión del Dictador respecto a la imposición de la «escaña abierta» -tan mal acogida por los artilleros-; y es designado director de la recién creada Academia General de *Zaragoza*

(1928), que supone, dentro de los planes tecnocráticos de Primo de Rivera, la configuración del Ejército sobre la base de una acentuada solidaridad de Armas y Cuerpos.

Sobrevenida la República y suprimida la Academia, no salió Franco, sin embargo, muy mal parado de la revisión escalafonal impuesta por Azaña. Tampoco contribuyó al mal meditado y peor preparado «pronunciamiento» de Sanjurjo: de aquél sólo obtuvo éste, en vísperas de la acción, el compromiso verbal de que las fuerzas a sus órdenes no actuarían *contra los insurgentes* cuando el golpe se produjera. Y con idéntica cautela se condujo en relación con el alzamiento de julio de 1936: hasta última hora no se vinculó formalmente a él; como es bien sabido, *la figura símbolo* escogida para encabezarlo fue, en principio, el desterrado general Sanjurjo; y el auténtico artífice de la compleja y difícil conspiración, Mola, personaje muy diverso del futuro «caudillo»-por su temperamento y, sobre todo, por su talla intelectual (compárese la obra escrita de Mola con el «*Diario de una Bandera*»<sup>®</sup> con el guión de «*Raza*», frutos literarios del caletre franquista)-. Sin embargo, desde fecha muy temprana -aún antes de producirse la ruptura-, Franco aparece como «punto de referencia»: no en balde había sido el asesor técnico del Gobierno Lerrox para vencer la rebelión de Asturias, y brazo derecho luego de Gil Robles en el Ministerio de la Guerra, durante el bienio de derechas. En vísperas del estallido, Prieto no ahorró lisonjas «apaciguadoras» respecto al general, al que, con evidente alarde de imprudencia, se le trasladó a Canarias.

El hecho decisivo -para la biografía de Franco y para la suerte de la guerra, y del país, a lo largo de muchos años- se produce en septiembre de 1936, poco después de la toma de Toledo (cuya contrapartida fue, y no se olvide, un afianzamiento de la resistencia de Madrid, que ya no caería hasta el fin de la guerra). Casi por los mismos días en que se constituye, en la zona republicana, el Gobierno Largo Caballero, se decide en Salamanca la unificación del mando militar y la investidura de Franco como jefe del gobierno del Estado -designación transmutada enseguida en «jefatura del Estado»-. Se ha recordado con frecuencia el hecho: ni por su situación en el escalafón ni por su prestigio técnico -si no se le adjudicaba como tal su dirección de la Academia y la etapa cubierta en el Ministerio de la Guerra a las órdenes de Gil Robles- aventajaba Franco a otros generales de los convocados en Salamanca. ¿Qué había prevalecido en el criterio de quienes le elevaron sobre el pavés? Posiblemente, esa «leyenda heroica» que popularizó su nombre en los años veinte, vinculándolo a la también legendaria Legión; y su asimilación a dos nombres-símbolo: el de Sanjurjo, junto al que hizo la «reconquista» de la ruta del desastre de 1921, y el de Primo de Rivera, que le había puesto al frente de «su» Academia General de Zaragoza, expresión del Ejército como «cuerpo», como «estamento» social. Se ha subrayado la importancia de la ofensiva que él dirigió desde el Sur, y el peso de las ayudas que muy pronto supo conseguir de Italia y de Alemania. Pero, antes de la guerra, se le miraba como una clave esencial: como tal supo verle Prieto cuando la crisis aún estaba en el horizonte.

Por mi parte, coincido plenamente con la reflexión de Tusell: «Existe una tesis de acuerdo con la cual, en las guerras civiles es cuando los personajes históricos se definen, alcanzan su verdadera significación ideológica y dan sentido a su pasado y a su futuro. En mi opinión, es mucho más cierta la tesis radicalmente contraria. Las guerras civiles lo que hacen es sustituir brutalmente los li-derazgos naturales -aquellos que quedan configurados como tales por las elecciones-, por otros, incluso impensados e impensables, pero que se convierten en duraderos precisamente por la excepcionalidad de la situación bélica. En condiciones de normalidad democrática, no hubiera sido posible ni pensable que Francisco Largo Caballero representara a la izquierda española en su totalidad, ni, mucho menos, Francisco Franco a la derecha. Sólo una guerra civil explica su emergencia como personificaciones de una de las dos Españas, y, en el segundo caso, su persistencia al frente de los destinos políticos de España durante casi cuatro décadas».

Aún así, sigue siendo sorprendente la *emergencia*, la *exaltación* y la *perduración* de Franco al frente del Estado. Piénsese que «el forjador de la victoria» necesitó tres años para rematar la guerra civil, con todos los condicionantes bélicos a su favor; que jugó equivocadamente la carta de los países totalitarios durante la Guerra Mundial. Y sin embargo, fue el «caudillo victorioso» exaltado hasta lo inverosímil en 1939; y prevaleció en el trance difícil de la paz internacional, en 1945, cuando Moscú pedía su cabeza. Se sobrepuso a las corrientes de opinión que trataban de «normalizar el Régimen en el plano europeo y universal, y resistió, incluso, ante las presiones de sus colegas del generalato -los «mariscales del Imperio» según la terminología bonapartista- que con razones de peso trataban de «condicionarle» en los años difíciles: él «los enterró a todos». Hay que hablar, pues, si no de genialidad, sí de habilidad, de «cauta flexibilidad». «Franco o la habilidad», resumió Toynbee en su libro *«La guerra y los neutrales»*. Pero, junto a esa *habilidad* -acumulación, muy galaica, de reservas y recámaras- hay que valorar la sorprendente fuerza que daba al personaje la autoconvicción de constituir «el brazo de Dios»: una clave providencial. «Yo creo, ha escrito José M<sup>a</sup> Llanos, que en sus tiempos de nacional-catolicismo le conoció muy bien-, que Franco no fue hipócrita. Le traté poco, pero recuerdo cuando le di ejercicios espirituales; yo le daba unas meditaciones -a él y a su mujer-, bastante duras, sobre los pecados del rey Saúl, y después de mi charla me-daba a mí la suya en su despacho. Yo le decía: -General, ¿qué me dice de lo del rey Saúl?- Y él me decía: -Bueno, eso es otra cosa; yo voy a lo mío, yo voy a que Dios me ha enviado a esto. Dios ha hecho milagros para que ganásemos la guerra, y Dios me ha puesto aquí.- Franco estaba convencido de esto. ¿De qué se quejan -me decía textualmente-, de qué se quejan si yo les gobierno como un padre?».

Esa convicción fue *reflejo* del clima de cruzada vigente en la zona nacional, y, al mismo tiempo, factor configurador de ese «clima». «La derecha -sigue diciendo el Padre Llanos- había vencido en una gloriosa batalla, y Franco, al frente, fue un hombre que se brindó maravillosamente a aquel juego. Porque Franco no era un gran talento, ni era simpático, ni nada... Pero estaba conven-

cido de ser el enviado de Dios. Y cuando la Iglesia encuentra a alguien convencido de que es el enviado de Dios... ¿qué más quiere?» «A Franco -añade el Padre Llanos- no se le ha mitificado porque no tenía grandeza, era gordito él, pero estaba tan seguro de sí mismo y tan convencido de que Dios estaba con él...». En esto último -la «no mitificación» de Franco- hay que corregir a Llanos. Todo un libro ha podido publicarse recientemente recogiendo la asombrosa antología de frases «mitificadoras» con las que los innumerables turiferarios del Régimen trataron de hacerse valer a los ojos del «ungido»: desde la blasfemia de Jiménez Caballero -«Es el Hijo del Todopoderoso. ¡La estilográfica más poderosa de España. Es su falo incomparable»-, a la estupidez de Fernández de Córdoba: «Franco es el Niño Jesús en el portal de Belén». (Fernández de Córdoba fue probablemente el primero que, llevado por una exaltación histórica-o his-triónica- llegó a equiparar al Caudillo con Dios, durante la transmisión radiada del famoso desfile de la Victoria). Dígame si todo esto no era una mitificación en vida, fuera, por supuesto, de toda pauta racional. Se comprende así que el Caudillo glorificado, convencido de su entidad providencial, no experimentase dudas ni zozobras interiores al dispensar el *ser o el río ser*: uno de los rasgos más repulsivos de este *endiosamiento* es la frialdad absoluta con que «el Generalísimo» procedía siempre a la hora de dar su *placet* para las sentencias de muerte relativas a militares -que le eran sometidas sistemáticamente-. Lo ha referido Ramón Garriga. Durante la guerra, las listas de jefes y oficiales condenados le eran presentadas, en el jardín del palacio de la Isla, en Burgos, a la hora más placida de la tarde, en la sobremesa. Le bastaban unos minutos para «despachar» sin vacilaciones. ¿Con qué criterios? Ya se sabe cuál era la inefable trilogía conceptual en que culminaba, dentro de sus conceptos maniqueos, el mal absoluto: «*liberales*», «*masones*» y «*rojos*». Y tal criterio discriminatorio se doblaba con su peculiar visión *militar* -militar «africanista»- de la vida, de la política, de la sociedad. Durante la guerra, eso alcanzaba una especial significación. Puedo aportar una anécdota absolutamente inédita, y que por cierto implica -ventajosamente para el primero- a los dos «jefes dogmáticos» de una y otra España, Largo Caballero y Franco, a comienzos de 1937. Se hallaba detenido en Madrid desde el inicio del Alzamiento el ilustre general Gómez Ulla, emparentado con uno de los secretarios de Largo (por cierto, no socialista: Pablo Bellido). Sugirió éste al presidente, con el que despachaba a diario, la posibilidad de un canje del General por cierto prestigioso jefe militar -cuñado suyo- encerrado en prisiones militares (en Melilla y en Ceuta) desde el mismo 17 de julio de 1936, y con la amenaza sobre sí de una condena a muerte debida a su lealtad al Régimen que había jurado. Largo -que no conocía los méritos ni la personalidad del militar en cuestión- consultó al entonces coronel Rojo; éste se sumó con entusiasmo a la propuesta de Bellido. Se hizo, pues -con arreglo a los mecanismos «subterráneos» vigentes en plena guerra- la propuesta de canje, que fue sometida al Caudillo. Pero la réplica -el rechazo- por parte de éste, fue tajante: -No quiero tener en el campo enemigo a mil itares de valía.- El canje se denegó: el «militar de valía» fue ejecutado en Ceuta en junio de aquel mismo

año (1937). Gómez Ulla, en cambio, salvó la vida.

La convicción de estar en posesión de la verdad absoluta, de ser «brazo de Dios» y de no tener que dar cuenta más que a Dios de su conducta, permitiría arbitrariedades como esta. En cuanto al «cauce jurídico» de la arbitrariedad convertida en sistema, se basó en la monstruosa tergiversación del Código de Justicia Militar, que convirtió en «rebeldes» precisamente a los que no se habían querido rebelar, a fin de poderles aplicar, con desembarazo, la última pena.

Como he subrayado en un libro reciente, Franco encarnó y consolidó, mientras vivió, un poder eminentemente militar, basado en una concepción de la sociedad que implicaba la supremacía del sector castrense sobre el sector civil (lo cual no dejaba de tener algún reverso positivo: si el país no se convirtió, plena y totalmente, en una «España azul», como hubieran deseado Serrano Suñer y la élite de intelectuales falangistas en que éste procuró apoyarse, fue precisamente gracias a ese carácter eminentemente *militarista* del Régimen. (José María del Moral -una de las figuras de aquel Régimen que con mayor honestidad y discreción ha ido abandonando sus juveniles fervores, para recluirse en una austera soledad que le protege a salvo de oportunismos ventajistas o de confusiones entre una conversión ideológica, la suya, y un «cambio de chaqueta» según el modelo tan generalizado en nuestro tiempo-, me ha referido otra anécdota muy definidora. Cuando, promovido a la jefatura nacional del SEU, hizo su visita protocolaria al Jefe del Estado, llevó éste la conversación al plano de su estima por la Universidad. «Es muy importante, muy importante, Del Moral, el cargo que usted acaba de asumir: las promociones universitarias tienen a mis ojos un valor indudable. De estos chicos se puede hacer, en tres meses, oficiales eficientes; basta recordar el papel que en nuestra Cruzada tuvieron los alféreces provisionales». Es decir, qué la máxima ponderación que a Franco merecía el estudiantado universitario, era su capacidad como «materia prima» para la forja de mandos subalternos del Ejército.

Si esa anécdota resume toda la *filosofía política* del Caudillo, conviene retener el hecho de que, a su vez, para una amplia parcela de la sociedad española, él -el «sable»- encarnaba la «seguridad» frente al desorden -mediante la implantación, no del Orden, por supuesto, sino de «un cierto orden»-. La propaganda sistemática que le rodeó hasta su muerte se tradujo, a los ojos de quienes temían cualquier vuelco «revanchista», en una identificación fanática -y egoísta, por supuesto- de ese orden «recuperado» con la figura del Caudillo, salvador e infalible. La supuesta alternativa enarbolada por aquél -«yo o el caos»- fue artículo de fe para muchos durante años y años; a los miedos, a los egoísmos, a los afanes inmovilistas de determinados sectores sociales se sumaría luego, poco a poco, una red de intereses creados, a través de las «organizaciones del Movimiento», domesticadas y sistemáticamente corrompidas (léase el libro de Dionisio Ridruejo «*Escrito en España*»). En plena guerra empezó a forjarse la cadena que llevó sus últimos eslabones hasta el mismo día de la muerte del General, casi cuarenta años más tarde. ¿Cómo poner en duda la «habilidad» ponderada por Toynbee?

## D) De Negrín a Besteiro

|

En la fase final de la guerra, el protagonismo -en la zona republicana- pasa, del socialismo proletario, «tradicional» o histórico -el de Largo Caballero y el propio Prieto- al de las figuras intelectuales, de origen y formación muy diversas a los de aquellos líderes. Juan Negrín es el orientador de la política y de la guerra desde la crisis de julio de 1937; seguirá ostentando la ya sólo teórica jefatura del Gobierno, en el exilio, una vez derrumbaba la dura resistencia que él mantuvo contra viento y marea, mientras le fue posible, aun en contra de la voluntad y de la decisión del Presidente Azaña -dimitido en París desde el mes de febrero de 1939-. El epílogo de la guerra -la rendición para poner fin, de algún modo, al derramamiento de sangre-, sería, a su vez, obra en buena parte de otra figura intelectual eminente, antaño *definidor* y *estímulo*, y oscurecido desde los días en que mantuvo una actitud opuesta a las arriscadas iniciativas de Largo Caballero: Julián Besteiro.

1

Falta todavía una obra necesaria, auténticamente científica y objetiva, sobre Negrín -como la que anuncia Juan Marichal, que ¡lleva mucho tiempo trabajando sobre ella-. Entre tanto, no puede decirse que haya cubierto ese vacío biográfico e histórico el reciente libro de Juan Llaire, cuyo exaltatorio texto podría reducirse muy bien a un breve artículo, aunque sí aporta una interesante serie de «testimonios». Juan Negrín era, como Azaña, un intelectual: nacido en el seno de una distinguida y acomodada familia de Las Palmas, fisiólogo de alto prestigio, formado en Leipzig; catedrático desde 1916, y animador de uno de los enclaves científicos de la Residencia de Estudiantes en su momento, en Negrín todo resulta fuera de medida: su capacidad de trabajo, su aptitud para las lenguas -dominaba el francés, el inglés, el alemán, <sup>^1</sup> italiano, y hasta el ruso-; sus excesos en la mesa y en el lecho. De su «voracidad» se han contado anécdotas posiblemente inexactas -dado su origen-: Llaire reduce este aspecto de la personalidad de Negrín diciendo de él, sencillamente, que era un refinado «gourmet», un epicúreo. El capítulo de sus aventuras donjuanescas, más o menos ocasionales -él estaba casado con una dama rusa, procedente de la emigración «blanca»- fue siempre objeto de comentarios como los que el propio Largo Caballero, con remilgos burgueses muy característicos de su propia personalidad, le dedica en sus *«Recuerdos»*: «Dos o tres veces que pregunté por el doctor Negrín me dijeron que estaba en el extranjero. Para esas salidas no había pedido permiso ni advertido nada al Presidente del Consejo... Después supe que se marchaba con pasaporte falso, con nombre supuesto, en magnífico automóvil y acompañado de señoras con quienes no tenía ningún parentesco, y que había estado en Londres y en París...». A veces este tipo de «distracciones» debió de distorsionarse con la peor intención. Su amistad con la gentil actriz cinematográfica Rosita Díaz, de la que se dijo que era su amante, no debió pasar de eso: de una amistad «familiar», pues la «estrella» contrajo matrimonio, en el momento final de la guerra -después de haber padecido cautiverio en la «zona nacional»- con un hijo de Negrín, cirujano ilustre recientemente fallecido en Buenos Aires.

En cualquier caso, la vida privada del célebre «doctor» nunca afectó a su actividad científica ni a su creciente actividad política. Llegado al socialismo a través de amistades y vivencias universitarias en Alemania, era lógico, dada su fuerte personalidad, que en breve tiempo alcanzase un papel cada vez más destacado en el Partido: a costa, en principio, de Largo Caballero; a costa de Prieto más tarde. En el Gobierno Largo Caballero tuvo a su cargo la Cartera de Hacienda; fue en ese Departamento donde le correspondió *tramitar* el famoso envío del oro del Banco de España a Rusia; algo que serviría más tarde a sus enemigos para montar las grandes campañas de difamación que le presentaban como «vendido al Kremlin». Sin embargo, el estudio documental de lo que fue esa «operación» y de su saldo posterior-en las contrapartidas de material bélico enviadas por la URSS- no abonan a los difamadores: véase, sobre el tema, el notable estudio de Ángel Viñas. En la iniciativa de Negrín se define, ya por entonces, simplemente el designio de mover todos los resortes posibles para ganar la guerra; y desde su peculiar cometido ministerial, se trataba de afianzar la alianza con Rusia y de asegurarse su apoyo. El que era entonces joven consejero de la *Generalitat*, Tarradellas, ha dejado para la historia la impresión que en aquellos momentos -todavía el Gobierno en Madrid, pero ya bajo la amenaza inmediata de la arrolladora ofensiva «nacional» por el valle del Tajo- le produjo la fuerte personalidad de Negrín: «Sólo encontré en Madrid a una persona decidida a aguantar: Negrín. Por aquellas fechas era un seguidor de Largo Caballero. Negrín es un hombre al que ni política ni pasionalmente se le puede acusar de ningún intento de claudicación. Daba la batalla».

La «hora de Negrín» se retrasó, no obstante; quizá -según sus panegiristas-lo suficiente para que la guerra se perdiera irremisiblemente. El Gobierno «de concentración» de Largo Caballero había significado, sin duda, un primer intento -a la larga resuelto en fracaso- de canalizar las energías dispersas -dispersas en una revolución múltiple- hacia el esfuerzo militar por encima de todo. Pero su programa, abierto según hemos visto a la C.N.T., resultó, más que una ampliación, una rotura del Frente Popular. El comunismo -que jugó un papel fundamental en la guerra- lo comprendió así, y entró en fricción con Largo Caballero en cuanto éste se negó a sustituir su alianza con el anarquismo por una fusión de los dos partidos marxistas.

Si hemos de atenernos al relato de Jesús Hernández, Togliatti, supremo orientador del Partido en aquellas fechas, con vínculo directo con «la Casa» -el Kremlin-, decidió apoyar a Negrín «por eliminación». En el *buró político* reunido en Valencia (julio de 1937) para acabar con el Gabinete Largo Caballero, Togliatti finalizó el debate con estas palabras: -En cuento al sucesor de Caballero, es un problema práctico sobre el que invito a los camaradas a reflexionar. Creo que debemos elegirlo por eliminación: ¿Prieto? ¿Vayo? ¿Negrín? De los tres, Negrín puede ser el más indicado. No es anticomunista como Prieto, ni tonto como Vayo».

Sea o no exacta esta versión, lo cierto es que si Negrín desempeñaba un papel concreto en el «programa del Kremlin», él, por su parte, se atenía a un «progra-

ma propio», en el que la amistad de Rusia quedaba subordinada a un supremo objetivo: ganar la guerra. En el fondo, pues, Negrín no se alejaba mucho del punto de vista de Largo Caballero; pero estaba dotado de una flexibilidad, de un «maquiavelismo» si se quiere -asiduo lector como era de *«El Príncipe»*- al que no alcanzaban los horizontes intelectuales de «don Francisco». En lugar de convertirse en dócil instrumento del comunismo, su postura tendía más bien a invertir los términos; es decir, a convertir el comunismo en instrumento propio, plegándose aparentemente a sus exigencias, puesto que la realidad militar no admitía otra cosa. «No puedo prescindir de los comunistas -hubo de explicar el propio Negrín a la Comisión Ejecutiva del PSOE y a los ministros del Partido-, porque representan un factor muy considerable dentro de la política internacional, y porque tenerlos alejados del poder sería en el orden interior un grave inconveniente; no puedo prescindir de ellos porque sus colegas en el extranjero son los únicos que eficazmente nos ayudan, y porque podríamos poner en peligro el auxilio de la URSS, único apoyo efectivo en cuanto a material de guerra».

En esta fase final del conflicto, la tardía reacción militar que alumbró la ocupación de Teruel debió mucho a la capacidad organizadora y al talento de Prieto. Pero éste no podía caminar junto a Negrín más que un corto trecho. Anduvo, en tanto pudo, al mismo paso que los comunistas, porque -como apunta Madariaga- le cogía de camino para el suyo, pero no se hallaba dispuesto a ir a remolque de Moscú para cumplir sus fines. Ese camino en que cabía la coincidencia con los comunistas estaba jalonado por el apartamiento de Largo Caballero y por la lucha contra los anarquistas y contra el POUM (trotskistas). Pero no pasaba de ahí. En cuanto a la «táctica» de aparente obediencia al Kremlin, chocaba con la lealtad socialista -que no marxista- de don Indalecio. La *ofensiva interna* contra éste -como contrapartida- se basó en el «derrotismo» que muy pronto se le empezó a atribuir. En esa fase epigonal de la España republicana, se entiende que Azaña valorase en su justo precio a Prieto-antaño tan poco estimado en sus *Diarios*- mientras crecía su incompatibilidad con Negrín. Cuando aquél salió del Gobierno, Negrín vigorizó su «férrea» línea política; pero, pese a lo que significó como esfuerzo la famosa batalla del Ebro, consumió al cabo las energías -y el material- concentrados en el afán de torcer, o retrasar, la suerte de la guerra. Tras la ofensiva nacional en Cataluña, Negrín se convirtió en *una poderosa voluntad solitaria*: Azaña, refugiado en Francia, resignó sus poderes en la Embajada de España en París. Previamente, los acuerdos internacionales -en torno a la famosa «claudicación» de Munich- habían obligado a retirar las famosas brigadas internacionales. Para muchos, el triunfo diplomático de Hitler era un final de esperanzas. La voluntad de Negrín, unida a su visión de estadista -según Oliveira Ramos- se mantuvo aferrada a una idea: «resistir es vencer»; resistir permitiría enlazar con la ruptura, ya previsible, de las democracias occidentales con las potencias fascistas, arranque de la inminente guerra mundial. Cabe plantearse, como un «futurible», lo que pudo haber significado, de llegar a cumplirse, el plan de resistencia «a toda costa» de



Negrín. Prolongar el enorme esfuerzo de tres años en la conflagración europea, parece excesivo. Y de otra parte, no debemos olvidar que la guerra europea se abriría, en fin, *bajo el signo felpado germano-ruso*. Lo cual trastornaba todos los supuestos.

En todo caso, en la primavera de 1939 sólo cabía una alternativa: o el humanismo «catastrofista» de Negrín o la decisión de cortar la enorme sangría, ya inútil, reconociendo la derrota y buscando una transacción digna. Fue esta la tesis defendida por Julián Besteiro, sin duda la más noble figura del socialismo fatalmente dividido y enfrentado. Alejado desde años atrás de la política activa, encarnaba entonces Besteiro, mejor que el desmoralizado presidente Azaña, la noble tradición de Giner de los Ríos, atenido a la apertura dialogante desde una inexpugnable pulcritud moral. Fue él la única figura relevante del Partido que permaneció en Madrid cuando la ciudad estaba prácticamente perdida: más que como afirmación de fe en la victoria, como designio de compartir plenamente la suerte de su pueblo. Solamente una vez se desplazó de España durante la contienda, para representar al Presidente en la coronación de Jorge VI e intentar, oficiosamente, una gestión transaccionista desde Londres -un armisticio- para la que, a la hora de la verdad, le faltaron los apoyos imprescindibles.

No podía compartir el humanismo de Negrín. A la consigna «resistir es vencer», daría réplica, desde la plataforma del Consejo Nacional de Defensa -que articuló militarmente al coronel Casado- dirigiéndose a los españoles en su famosa y patética proclama radiada el día 5 de marzo: «... El Gobierno del señor Negrín... no puede aspirar a otra cosa que a ganar tiempo... Y esta política de aplazamiento no puede tener otra finalidad que alimentar la morbosa creencia en que la complicación de la vida internacional permita desencadenar una catástrofe de proporciones universales, en la cual, juntamente con nosotros, perecerán las masas proletarias de muchas naciones del mundo. De esta política de fanatismo catastrófico, de esta sumisión a órdenes extrañas, con una indiferencia completa al dolor de la nación, está sobresaturada ya la opinión republicana... Yo os hablo para deciros que cuando se pierde es cuando hay que demostrar, individuos y nacionalidades, el valor moral que se posee. Se puede perder, pero con honradez y dignamente, sin negar su fe, anonadados por la desgracia. Yo os digo que una victoria moral de ese género vale mil veces más que una victoria material lograda a fuerza de claudicaciones y de vilipendio».

He aquí unas palabras que valen por la mejor semblanza. Enfrentado con el belicismo a ultranza de Negrín, aplastado por la prepotencia armada de los «cruzados», Besteiro, una de las víctimas más nobles de la guerra, cuyo sacrificio resultaría más doloroso; que la misma muerte, encarna en sí la imagen de esa «tercera España» a que alude Madariaga identificándola con la *tradición civilizada* de Giner de los Ríos: «En esta batalla de los tres Franciscos, el verdadero, el grande, el creador, el que era esperanza de España, fue la víctima de la acción violenta de los otros dos...».

C.S.\*

\* Miembro de la Real Academia de la Historia. Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Madrid.